

Los ejes dan vueltas sobre sí mismos y hoy giran de nuevo estas ideas necesarias, aunque ya viejas... Conservamos el tono coloquial de esta charla en Santiago Uno el 28 de abril de 2017

La pedagogía milaniana

José Luis Corzo (M)

Hola a todos. Me da vergüenza repetir siempre lo mismo..., pero una pregunta para empezar: - ¿Distinguis bien **Pedagogía y Didáctica**? Hablaré más de la primera ¡tan escasa! - ¿A qué pregunta radical responde? Tal vez a ésta: ¿Podemos ayudar durante su infancia y adolescencia a este ser humano, tan raro entre los animales que, mientras dura vivo, se va construyendo como individuo diferente de todos y hasta, a veces, se estropea? **Jesús** en el Evangelio lo dice de una forma bonita: “ganas o pierdes la vida” (y no habla de la muerte ni del juicio final, sino de esta tarde). Pedagogía es estudiar ese proceso de maduración o desarrollo personal de cada uno; y puede que haya más de una y cada autor proponga su ruta. **Milani** también, pero no escribió ningún tratado. La historia de la escuela es más reciente; la de la educación, vieja como el hombre. Con los años aumenta mi interés por hurgar en esa madeja personal y social del crecimiento humano. Y veo que en ella **se mezclan dos cosas** que, cuanto antes, conviene distinguir entre sí. En el habla diaria las mezclamos mucho. 1º/ vamos a verlas por separado y 2º/ cómo se combinan y qué tal se llevan entre sí.

1. Un **primer fenómeno** humano, muy frecuente en la infancia, se distingue bien: **aprenderlo** todo, el lenguaje, los comportamientos, los riesgos, las ventajas, los valores de esto y aquello... Así que los grupos humanos han trabajado siempre mucho la **enseñanza**. Durante siglos se enseñaban y aprendían *oficios* (agrícolas, ganaderos, artesanales, defensivos...) y casi siempre con un *oficial*, que enseñaba de todo. Nuestra escuela actual surge mucho más tarde en relación con la mente, con la escritura y la

lectura (primero en manos de artesanos, tal vez, esclavos); poco a poco, cosa de señores, y no oficios serviles.

Durante mucho tiempo se dividió el trabajo manual e intelectual. **Calasanz** en el XVII aún tuvo que defender sus escuelas para pobres contra el apólogo de **Menenio Agripa** (503 a.C.); un cónsul romano que calmó la rebeldía de los plebeyos al comparar las tareas de cada categoría social con los órganos del cuerpo humano: alguien tiene que hacer de manos y de pies, alguien de estómago o de cabeza. (Eso inspiró a san Pablo la idea del cuerpo místico de la Iglesia mucho más tarde: 1 Cor 12,12 ss). Nuestra escuela española aún se resiente de haber sido ampliada “para todos”. Hasta 1970 era sólo para la burguesía, camino del bachillerato y la universidad. Lo denuncia *Carta a una maestra* (CM):

“La nueva escuela obligatoria... sigue siendo una escuela hecha a la medida de los ricos. De quienes tienen la cultura en casa y van a la escuela únicamente a cosechar títulos” y “nada tan injusto como tratar igual a los desiguales” (pp.47 y 67)

La desigualdad por la ignorancia aumenta cada día más en esta sociedad llamada “del conocimiento”; hoy, aprender es un hecho discriminatorio: todos necesitan la oportunidad democrática de aprender lo necesario. Miles de estudiosos universitarios investigan cómo enseñar y cómo aprender mejor: son los **didactas**.

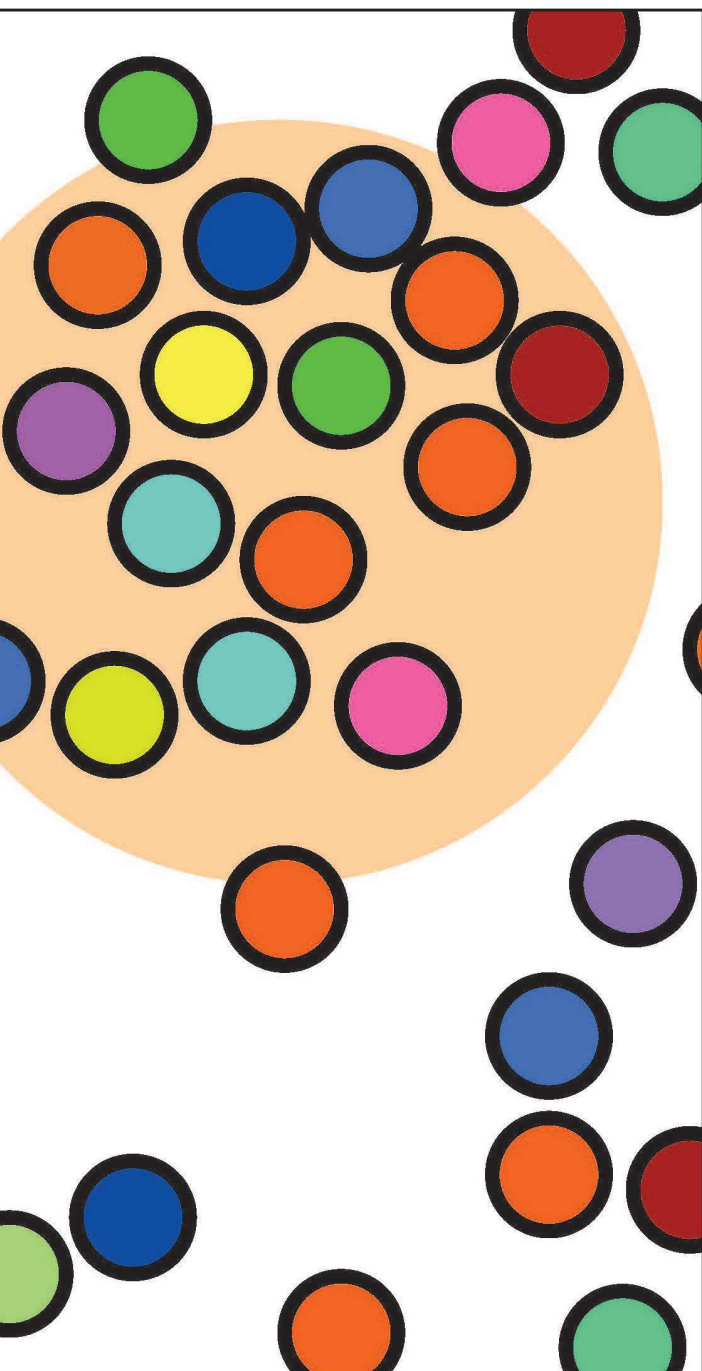
2. El **otro fenómeno** humano (no sólo infantil, sino permanente a lo largo de toda la vida) es exclusivamente humano. Los animales también aprenden y los enseñamos, pero parece que no tienen conciencia ni memoria de sí como individuos.

Maduración, crecimiento, desarrollo...

personal son palabras aproximadas para indicar este segundo fenómeno. Don Milani usó verbos vegetales y, por supuesto, intransitivos en esta carta:

“¿Cómo podía explicarles... que yo no vivo más que para hacerlos *crecer*, para hacerlos *brotar*, para hacerlos *floreecer*, para hacerlos *fructificar*?” (a Pecorini 10.11.1959).

Quería la mejora constante de sus chavales. A todos, aun sin saberlo, nos importa mucho comprender en qué consiste crecer, *educir*, y



cómo “ganar la vida y no perderla”. ¡Pobre de quien crea que se trata de divertirse, de hacer dinero o de ser un honesto cumplidor de las leyes ¡y ya! Pero ¿en qué consiste?

Paulo Freire cita a los antropólogos y lo explica más o menos así: la persona es relación. [También lo dijo santo **Tomás de Aquino**, nada menos que para explicar las tres personas divinas diferentes]. Relación es conexión, contacto, común-uniión, vínculo, reciprocidad, una llamada percibida y una respuesta dada, “toma y daca”. Pongo tres ejemplos:

a. Un niño en el metro te mira y te captura: se relaciona ¡y no sabe ni hablar! No hay nada sólido, ningún parentesco, ningún motivo..., pero se insinúa y le respondo, sólo con la mirada. Es un chaval responsorial, responsable ¡y yo también! Lo mismo si me preocupa un amigo, de lejos; si me atrae mucho otra persona. Los siento cerca. Siria me aflige. Es la relación **con los otros**.

b. Vuelvo a mi pueblo tras larga ausencia, al hogar de mi infancia; el paisaje me ensancha la percepción y el alma, y el olfato y la vista y los pulmones: ¡soy de aquí, este es mi sitio! Es la relación **con la Naturaleza**, hoy tan maltratada; la veremos, espero, en primera línea educativa.

c. Alguna vez me siento solo, ignorado, desapercibido, sin importarle a nadie. ¿Acaso todo es casual y sin sentido? ¿No habrá un dibujo que case los hechos sueltos de mi vida? A veces me siento pleno, como en manos de un buen Destino. Hay quien habla de Dios y lo añade a su mente. Otros, al revés, se sienten añadidos a una mente o a un amor ajeno. Se saben conocidos y amados por Otro. Es la relación **con el Misterio** que algunos llaman Dios.

Según Freire, estas tres son las áreas relacionales del ser humano. Y nos definen más que el DNI, el ADN o el *curriculum/ridiculum vitae*. Somos nuestras relaciones: el hijo, el hermano, el paisano, el socio, el amigo, el conciudadano... El mundo entero, en sus tres áreas, nos interpela a cada paso: nos reclama, nos intriga, nos desafía, nos provoca, nos llama. Y al responderle, o no,



crecemos o nos lo perdemos a cada paso.

En el aula de Barbiana había un cartel: *I Care*. Un cimiento pedagógico, *nos importa... ¡todo!* Hay otros cimientos educativos: llegar más rápido, más arriba, más fuertes... (*citius altius fortius*) o triunfar en la vida.

3. Pues bien, si estuviéramos de acuerdo con esta fenomenología de la educación, ¿se podrá intervenir en ella? **¿Se pueden establecer y prohibir relaciones?** ¡Al menos, podemos cuidarlas! El mejor pedagogo será quien sepa ayudar a relacionarse. El riesgo es ser un manipulador, pero siempre frustrado, porque vivir las relaciones siempre es algo personal e intransferible que supera un lavado de cerebro o una disciplina impuesta. En Barbiana se multiplicaban las noticias, las visitas, los encuentros, la solidaridad...

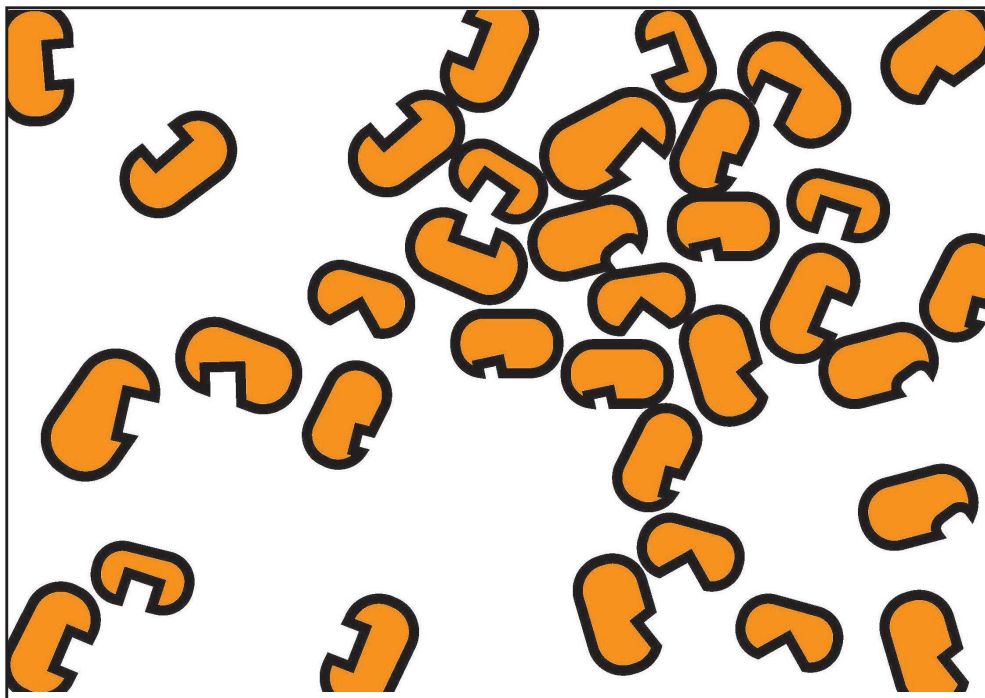
4. **Nos interesa distinguir ambos fenómenos y sus confusiones son muy peligrosas.** Si alguien todavía duda, que recuerde la gente instruida y universitaria que conoce, pero inmadura... O los analfabetos tan logrados que tanto admira.

Algunas confusiones peligrosas:

- Creer que educar es igual que enseñar y que se puede educar a otro. **N. Postman** reúne las metáforas del arbolito, la arcilla, la cera, el disco duro..., que suelen usar pedagogos que no se cortan y recetan modelar, moldear, modular, formar, formatear... a los jóvenes; es decir, ¡clonarlos! o, por lo menos, tratar de amaestrarlos. Eso sólo es posible en la enseñanza, donde uno enseña y otros aprenden, pero su vida es otra cosa.

- Clonar se intenta de mil maneras: a la fuerza (educación autoritaria), por contagio (y buen ejemplo), por chantaje afectivo (que, “si no, no te quiero”), por repetición y disciplina..., por dosis programadas...

- Pero, si educar es surgir, brotar, *educir*..., nadie te brota, ni te crece, ni te florece, ni te madura; no es algo transitivo que pasa de un agente a un paciente. Freire lo dejó claro con una frase que todos repiten y muy pocos se han tomado en



serio: “nadie educa a nadie, ni nadie se educa a sí mismo. Nos educamos en comunión *mediatizados* por el mundo”. Dejadme traducir ese verbo tan raro: *condicionados* por el mundo; es decir, interpelados por él y hay que hacer frente a sus desafíos, casi siempre colectivos. Una cuestión, pues, de relaciones, de escuchar al mundo y responderle.

Algunas relaciones ya nos atrapan a cada uno al nacer (familia, etnia, cultura, salud, taras, dinero, desgracias, cualidades...). Sin conocer bien lo que trae cada chico no es posible ayudarlo.

Otras relaciones son nuevas, sobrevenidas al vivir colectivo: no es igual la España de Franco que ésta, ni vivir en África que en Venezuela...

5. Principales rasgos de la Pedagogía de Lorenzo Milani

a. **Milani conoce muy bien esos dos fenómenos diferentes** – aunque no esté obsesionado por distinguirlos, como yo. Cuando *Carta a una maestra* habla de Gianni dice:

“El padre de Gianni fue a los 12 años a trabajar con un herrero y ni siquiera acabó la cuarta elemental. A los 19 años se fue a la Resistencia... Confiaba en un mundo más justo que, por lo menos, hiciera igual a Gianni... que, en aquel momento ni siquiera había nacido... A vosotros – maestros – os corresponde sustituirle en todo: *instrucción* y *educación*. Son dos caras de un mismo problema” (p. 73).



b. El genio pedagógico de Milani ha sido vincular la instrucción a la educación. Yo así lo veo, por lo menos. Si la *Carta* es un grito contra el fracaso de la enseñanza escolar por perder a los últimos, ¡no es sólo eso! Muchos lectores no ven esta paradoja de la *Carta*: la escuela hace más daño a Pierino que a Gianni.

- “En la primera parte de esta carta se ha visto el daño que hacéis a los que elimináis. En Florencia he visto cuanta razón tenía Borghi. El daño más hondo se lo hacéis a los escogidos” (p. 106).

¿Y por qué? Porque las asignaturas de la escuela están huecas y no acercan hasta los chicos los grandes desafíos de la vida actual; los que nos hacen crecer y madurar cuando los afrontamos; los que nos provocan respuestas y nuevas relaciones con la naturaleza, con los demás y con el Misterio de la vida. Veamos algunos textos:

“Mientras escribíamos esta carta vino a vernos don Borghi, el cura. Nos hizo esta crítica: «Os parece muy importante que todos los chicos vayan a la escuela y que pasen allí todo el día. Saldrán individualistas y apolíticos como los estudiantes que andan por ahí. Es el terreno que necesita el fascismo. Mientras los profesores y las asignaturas que se estudian sean como son, cuanto menos estén los chicos en la escuela, mejor. La fábrica es mejor escuela” (CM 95).

- “La Historia de este medio siglo era la que mejor me sabía. Revolución rusa, fascismo, guerra, resistencia, liberación de África y de Asia. La Historia que han vivido mi abuelo y mi padre. También sabía bien la Historia en que yo vivo. Es decir, el periódico que leíamos en Barbiana todos los días en voz alta, de punta a cabo. Aquella profesora se había parado en la I Guerra Mundial. Exactamente en el momento en que la escuela podría enlazarse con la vida. Y en todo el año jamás leyó un periódico en clase”. (CM 44).

- “Gianni no sabía poner la hache al verbo haber, pero sabía muchas cosas del mundo de los mayores, del trabajo, de las familias, de la vida del pueblo. Alguna noche iba con su padre a la delegación del partido comunista o también a las sesiones del Ayuntamiento. Vosotros, con los griegos y los romanos le habíais hecho odiosa toda la Historia. Nosotros, con la última Guerra Mundial le

teníamos cuatro horas sin respirar”. (CM 37).
- “Pobre Pierino, casi me das lástima. Has pagado caro el privilegio. Deformado por la especialización, por los libros, por el contacto con gente toda igual. ¿Por qué no te vienes?” (CM 99).

c. Para la mejor educación, la relación más

honda. Hasta ahí llegó este aficionado que no pisó la universidad ni el Magisterio. Si educar(nos) es cosa de relaciones humanas, a Milani no se le escapa una esencial; la que se da en la primera infancia entre madre e hijo y se necesita, luego, mil veces durante la vida: es **el amor**. Ese nombre le da siempre Milani, sin eufemismos ni paliativos. Es la relación más educativa de cuantas puedan existir en la vida y, según Milani, en la educación. En la Grecia clásica ya lo sabían muy bien, aunque por ciertas ambigüedades suyas hemos preferido olvidarlo; pero los jóvenes atenienses se educaban en profunda amistad con sus maestros. También Milani adopta el amor en su escuela y esta carta al escolapio P. Scarsella no deja dudas:

“Si me hicieran dar escuela a los hijos de los ricos, objetaría. No se puede dar escuela sin amar y no se puede amar a un muchacho sin amar a su familia y no se puede amar a una familia sin amar su mundo. Pero el mundo de los ricos no se debe amar. Por lo tanto, es preciso objetar antes de enamorarse del primer muchachito hijo de ricos.

De tal forma estoy convencido de esto que le digo, que consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese hecho escuela veinte años a los hijos de los ricos y no se hubiese convertido todavía en un reaccionario. Así como consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese vivido veinte años entre los hijos de los pobres y no se hubiese alistado todavía con ellos hasta el límite extremo consentido por el quinto mandamiento” (18.11.1965).

¿Se puede pedir a los docentes semejante actitud personal? ¿No es comprensible quien asegura que le pagan por enseñar y no por educar? La escuela pública obligatoria ya se justifica en sí misma como lugar de aprendizaje. Yo de ningún modo pediría a los maestros semejante nivel de relación. Y no me gustaría que la autodenominada Escuela Católica presumiera de



amor y tapara bajo su afán educativo que está otorgando títulos muy competitivos en la lucha social.

Al amor sólo se invita, no se ordena. Milani ya lo puso en boca de un alumno en un artículo de 1958:

“El Estado no puede garantizarnos que los maestros nos quieran. Yo mismo lo he oído en el autobús a un maestro que decía a un colega: “comprenderás que si tuviera otro sitio donde sacar 60.000 liras, no subiría aquí”. Lo decía en voz alta, como si hablara de deporte. He estado en escuelas rurales y sé cuántos maestros han cambiado. Cada año uno y, a menudo, han cambiado también a mitad de año. Todos tienen ganas de irse a la ciudad. Me hacen reír. Ni siquiera la Iglesia puede garantizarnos que sus sacerdotes y sus maestros nos quieran. Pero el Estado todavía menos...” (Adesso 1.10.1958).

d. El culmen del amor milaniano está en un corazón de carne; no en un corazón universal (de jesuita), capaz de amar a oprimidos y opresores; sino sólo a unas cuantas criaturas nada más, a la medida del corazón humano.

“Ya os he dicho que el corazón universal no es la máquina que ambiciono. Estoy seguro de que me salvaré también con mi corazón de carne, con tal que consiga mantenerme de la mejor manera posible dentro de los límites marcados, por una parte, por el quinto mandamiento y por la otra por el 6°. El límite marcado por el 5° es no odiar. Elena querría, incluso, que se llegue a no despreciar. ¡Exagerada! (...)

Pasead por las calles con vuestras ilusiones de amor universal (¡con cuidado de los maridos o mujeres de los paseantes que encontréis!); separad salomónicamente, hora por hora, lo justo de lo injusto, sin dejar hablar nunca ni a las pasiones ni al corazón, sin alinearos jamás y sin guerra. El interclasismo es una piadosa ilusión. No os saldrá, y si os saliera seríais criaturas inhumanas y ninguno os querría. Si mi libro fuera así, no lo habríais leído. Si mi escuela fuera así, sería como todas” (A L. Ichino 11.5.1959).

Esto es algo excepcional y único en la moral y en la espiritualidad cristianas. Va mucho más allá del buen ejemplo a los alumnos; pide al profesorado una verdadera opción libre por los últimos. Aunque Milani sabe que el amor concreto de un corazón de carne tiene sus

riesgos y dificultades:

Una: enamorarse de los ricos que tienes en clase, como dice a Scarsella.

Dos: amar tanto a los pobres, que odies a los ricos que los someten, es decir, violar el 5° mandamiento; o acaso también el 6°, pues es de carne el corazón y concreto el amor. Pero esto nada tiene que ver con la perversión pedófila.

Tres: ser más que complaciente y olvidar la disciplina de una escuela provocatoria:

“Aquí es donde se distingue precisamente el maestro del comerciante. Se llama comerciante al que trata de contentar los gustos de sus clientes. Se llama maestro al que trata de contradecir y cambiar los gustos de sus clientes. Alistarse del lado de acá o de allá de esta barrera es una decisión muy grave para el sacerdote” (Exp. Past. 78).

7. Y un rasgo pedagógico final, que sólo he vuelto a oírlo en labios del Papa Francisco (21.11.2015): *los pobres nos enseñan* los desafíos de una realidad que nosotros desconocemos. La *Carta a una maestra* hace una afirmación similar un tanto misteriosa: “La verdadera cultura, la que todavía nadie ha poseído, se compone de dos cosas: pertenecer a la masa y dominar el lenguaje” (CM 107). Aunque es en la masa donde mejor se percibe el clamor de la realidad, a los pobres les falta la palabra muchas veces. La escuela podría ser un buen lugar para unir vida y palabra y suscitar relaciones auténticas y aprendizaje. No mentía don Milani al escribir:

“Debo todo lo que sé a los jóvenes obreros y labradores a quienes he dado escuela. Lo que ellos pensaban que estaban aprendiendo de mí, he sido yo quien lo ha aprendido de ellos. Les he enseñado sólo a expresarse, mientras que ellos me han enseñando a vivir” (Exp. Past. 168).

En la verdadera educación – hecha de relaciones con el Misterio de la vida, con la Naturaleza y con los demás humanos – ya no hay *magis-ter* (tres veces más). El educador puede que no llegue ni al talón de sus alumnos; ellos afrontan retos existenciales que ignoramos muchos de nosotros. Nos superan en el vivir, aunque podamos suspenderlos en clase. Echar nuestra suerte con los pobres de la tierra es educar(nos). Eso fue Barbiana.